

SOBRE LA LECTURA

LA necesidad de comunicar ideas y de expresar emociones y la voluntad de hacerlo a través de la palabra escrita ha sido, desde siempre, la fuerza impulsora que ha dado origen a los libros. Mediante ellos, como ha escrito Miguel Torga, algunos seres humanos lanzan sus mensajes embotellados a ese inmenso océano que son las bibliotecas y las librerías para que en sus playas, sus anaqueles y sus expositores, los lectores podamos recogerlos. Leer un libro es por tanto descifrar un mensaje y establecer algún tipo de contacto con ese náufrago en soledad creativa que es casi siempre el escritor.

Pero el lector de literatura no es, en modo alguno, ese ser pasivo que recibe sin más las señales de humo o las bengalas que desde cada isla, desde cada soledad creativa, le envíen los viejos o los nuevos robinsones de la pluma. El lector de literatura es también un náufrago, un náufrago en soledad receptiva, ávido de descubrir un barco en la línea del horizonte o de encontrar, al menos, un viernes que mitigue su soledad y le ayude a entender los paisajes que decoran su naufragio.

Leer es, por tanto, algo más que descifrar un mensaje; leer es buscar primero y establecer después una correspondencia entre náufragos, es construir un puente de soledad por el que cruza en una dirección la creatividad y la palabra y por el que transita, en la otra, la biografía y la esperanza. En cada polo de esta relación, en la naturaleza del mensaje transmitido y en la singularidad de su recepción, la lectura asienta sus sillares.

Antonio Muñoz Molina ha escrito, en relación con el primero de estos polos, que cada libro exige e impone una determinada forma de leer, un tiempo y un ritmo. Afirma que hay libros que se empiezan y terminan en una sola tarde o en dos o tres horas de una sola noche volcada al insomnio. Hay otros, añade, en los que la lectura de un solo poema constituye un acto casi de instantaneidad comparable al disfrute de una canción o de un buen artículo y existen, finalmente, algunos en los que la literatura actúa como una poderosa fuerza que nos arrastra y cuya lectura se prolonga a lo largo de semanas o de meses.

Pero en la lectura, aunque el texto pugne por establecer sus leyes, su tiempo y su ritmo, es nuestra biografía la que, finalmente, marca el nivel de las inflexiones, la que nos permite trazar rostros o ambientes que van a ser solo nuestros, la que nos permite detener el tiempo o aplazarlo, jugar con el encanto ambiguo de las palabras o descifrar mientras el libro descansa las mil y una salidas del laberinto. Son las ideas y las palabras que, descriptiva o metafóricamente, se expresan en el texto literario las que, en su encuentro único e irreplicable con nuestra trayectoria biográfica, nos irritan o nos llenan de placer, nos mueven a la reflexión o nos despeñan hacia el hastío. Desde hace años en la contraportada de cada libro que leo voy anotando las ideas y las emociones que su lectura me suscita. Es como una especie de *lectograma* en el que quedan registrados los impulsos y los latidos que surgen en cada uno de esos encuentros y en el que va inventariándose, libro a libro, el testimonio de una múltiple correspondencia compartida.

Ahora que todos nadamos inmersos en las falsas culturas de la homogeneidad atreverse a leer, atreverse a buscar en soledad esa correspondencia de náufragos, es abrir puertas a la singularidad; es intentar aferrarse con fuerza a la tabla salvadora de nuestra propia identidad.

ANTONIO CAMPOS

IDEAL • MARTES 25 DE AGOSTO DE 1998
